

**GAMBO
DISCURS**



LA
354.7284
D611
SIV

11071762

A BOLIVAR.

El viento de la envidia tempestuoso
Ronco rugió sobre tu egregia frente,
Más no pudo su soplo maldiciente
Tu imarcesible lauro desgajar.
Cuando un siglo ya trémulo y caduco
Vaya á exhalar su aliento postrimero,
Dirá al que nace : Guarda ese letrero,
Santo nombre de un héroe tuteiar.

Y cuando todos ellos confundidos
Rueden á sepultarse en el espacio,
Entre nubes de incienso y de topacio,
Le llevarán en triunfo hasta el Señor.
Él grabará su nombre en el gran libro
Donde miran sus nombres los patriarcas,
Y en sus excelsas, inmortales arcas
Escribirá también — LIBERTADOR.

Seco ya de la vida el ancho río,
Vuelta la tierra al primitivo caos,
Dirá una voz de trueno : — ¡ Levantáos !
Y una palma en los mares se alzará ;
Sobre su eterna y solitaria copa
Una blanca paloma de los cielos,
De la tiniebla entre los negros velos,
Tu nombre y tus hazañas cantará.

Dios llamará á su arcángel favorito,
Le enseñará una extraña melodía,
Para que arrulle el sueño que te envía
Sonreído de amor en su dosel...
Tu porvenir, Bolívar, son los tiempos,
Las coronas de un dios son tus coronas,
Y el inmenso raudal del Amazónas,
Las aguas que fecundan tu laurel.

ABIGAIL LOZANO.
(Venezolano.)

DISCURSO

DEL SEÑOR DON FRANCISCO A. GAMBOA

EL DÍA 1° DE ENERO DE 1891

AL INAUGURARSE

EL PARQUE DE BOLÍVAR

EN LA CAPITAL DE LA REPUBLICA DEL SALVADOR

EN CENTRO-AMÉRICA



Señores:

Resolvióse cambiar el nombre á este parque y bautizarlo con el del héroe más grande de la América Latina. Digno es el pueblo noble que en el centro de la ciudad capital de la república, es decir, en el centro de su corazón, ha querido llevar el nombre tres veces excelso del inmortal **Bolívar**.

Que así como la fé coloca en el pecho creyente una reliquia, talismán contra los males de la vida, así mismo el nombre del Libertador sea aquí un talismán sagrado contra los desenfrenos de la falsa democracia, contra el libertinaje desgreñado que en Hispano-América se ha llamado falsamente *Libertad*.

Que así como Bolívar rechazó mil veces el poder dictatorial, y hasta la corona de emperador que le ofrecía la Europa, así mismo este pueblo generoso, que admira al Héroe, rechace siempre el republicanismo espurio con que se disfraza la satánica dictadura.

BOLÍVAR admiró á Napoleón mientras éste no se hizo déspota; y supo despreciarlo altamente desde el día en que el Capitán del siglo ciñó sus sienes con la imperial corona, y se dedicó á hollar la libertad de las naciones europeas. Por eso cuando se le propuso la monarquía exclamó indignado: "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, ni menos un Iturbide".

Y esto decía el que figuraba por su origen entre la más alta nobleza ibera; el que jugaba al volante con Fernando VII, á quien había de arrebatar más tarde sus colonias; el que frecuentaba los aristocráticos palacios, donde estrechaba familiarmente las manos de los príncipes, é incendiaba el corazón de esas duquesitas de quince años, de carne rosada, relamidas y salerosas.

Él, que siendo noble de clase, rico y acostumbrado á la vida muelle, había roto con la nobleza, sacrificado su fortuna y preferido los pañanos á las alfombras, ¿cómo había de prevaricar en su política?

Él, que estaba poseído de su misión redentora, ¿cómo había de

abdicar el trono de la libertad, que tanto había engrandecido?

Bien sabía Bolívar para lo que estaba predestinado.

Oído:

Está de pie en el monte Sacro; tiene á sus plantas la campiña romana, la más hermosa de Europa; á sus oídos llega el murmullo de la Ciudad Eterna, de esa Roma clásica que fué la señora del mundo; el sol se hunde hacia el lado por donde ruge furioso el mar Tirreno; y entre el misterio de la noche que se acerca, Bolívar ve pasar las sombras augustas de los Gracos, de los Escipiones, de Bruto y de Pompeyo; se alma ardiente enloquece de entusiasmo, y exclama como poseído por un Dios: “¡Juro libertar á mi patria de las cadenas que la oprimen!”

En 1812, cuando un terremoto formidable echó por tierra su ciudad natal, en la época en que la independencia de su patria se había hecho casi imposible, Bolívar aparece sobre los escombros de la ciudad muerta, y, dominando los ayes de tantos desgraciados, dice con voz estentórea: “¡Si la naturaleza se opone á nuestros esfuerzos lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!”

El 4 de Julio de 1817, después de haber luchado como nunca contra las huestes españolas, que lo sorprendieron casi indefenso, el Héroe quedó vencido, rota la espada, pero tinta en sangre. La cabeza á la intemperie, á pie, despedazado; mas con la frente altiva y temible como siempre.

¿Acaso el Pacificador Pablo Morillo, jefe del ejército realista, vencedor de Napoleón, no dijo, hablando del Héroe americano, “Bolívar es más temible vencido que vencedor?” Pues bien en la noche del 4 de Julio á orillas del Casacoima, medio enterrado en el cieno, casi solo, Bolívar deliraba con la libertad de Sur-América.

“¡Sí, decía, desde el Orinoco hasta el Pilcomayo será cantado el himno de los libres. Atravesaré con mis aguerridas tropas las llanuras de Casanare; pasaré los Andes y llegaré á Cundinamarca y al Cauca; acamparé en las faldas del Pichincha; mi caballo beberá las aguas del Rímac, y sobre la nieve eterna é inmaculada del Chimborazo y del Potosí, flameará, más alto que todos, el pabellón de Colombia!”

Los pocos oficiales que lo acompañaban se echaron á llorar. Creían que el semi-dios estaba loco, y se lamentaban de haber perdido en él la única esperanza de redención que les quedaba.

Pero el loco realizó sus ensueños, y los cañones de Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho anunciaron al mundo que el brazo de Bolívar había roto las cadenas con que estaba esclavizado medio continente.

En 1824 ya existía la gran Colombia, la Colombia del Libertador; faltaba redimir al Perú: la sombra de Atahualpa pedía reparación, si no venganza. Santander, “el hombre de las leyes”, había dado á Bolívar un ejército para que fuera á la patria de los Incas y consumara su obra de emancipación: en ese ejército iba Córdoba, “el mimado de la gloria”: era casi un niño; junto con Bolívar dirigiría la campaña el incomparable Sucre, “el ángel de la guerra” y “el más digno” de los campeones de esos tiempos.

Pero el horizonte estaba negro: veintidós mil hombres del ejército más aguerrido y disciplinado que tenía España en América aguardaban con anhelo el día de romper para siempre al ejército patriota: éste contaba apenas siete mil combatientes, dispersos, y comandados por jefes que estaban en desacuerdo. El hambre y las enfermedades hacían millares de víctimas; los vencedores de Napoleón ocupaban todo el país y estaban adueñados de posiciones inexpugnables. Bolívar, víctima de la fiebre, estaba casi muerto en Pativilca: ocupaba una choza miserable, cuyo pajizo techo apenas podía guarecerlo de la lluvia; sus ojos estaban hundidos; hondas arrugas desfiguraban su rostro varonil, y parecía á cada momento que estaba pronto á apagarse para siempre el brillo irresistible de sus ojos de águila.

En los primeros días de Enero llega á la choza el eximio diplomático don Joaquín Mosquera: va á visitar al Héroe.

Mosquera informa al Libertador de que el general Canterac se encuentra en Jauja con un ejército formidable, y que atacará pronto á los patriotas; que ya el virrey Laserna baja de la cordillera como un alud que todo lo arrasará; que Torre-Tagle se ha vendido; que el ejército de Colombia se halla en Cajamarca, diezmado por las fiebres, desnudo, mal armado y con hambre; que los recursos esperados no llegarán, porque Colombia, abrumada, no puede enviarlos; en fin, que la desgracia, como nunca, se ensaña contra la noble causa americana.

—“Y qué pensáis hacer?”, preguntó el estadista.

—¡Triunfar! contestó el Héroe; y al decir esto se había incorporado en su lecho; sus ojos lanzaban rayos, y lleno de fuego exclamaba: ¡“Triunfar! Colombia me lo manda; lo he prometido al Perú; lo reclama mi gloria, y ese triunfo de mis leales soldados lo sellaré con mi espada!”

¡Así juraban los soldados de Fabio: juraban. vencer, y volvían vencedores!

“Vencer ó morir” juran los que desconfían de la victoria y de sí mismos.

“Sobra tiempo para morir” decía Bolívar, “lo importante es triunfar”.

Y triunfó!

Con la batalla de Ayacucho quedó libre la América del Sur; y si es verdad que hubo muchos buenos elementos combinados para alcanzar la redención, también es cierto que el alma de esa lucha incomparable, el Héroe entre tantos héroes de renombre inmortal, fué SIMÓN BOLÍVAR, el mismo á quien El Salvador rinde homenaje en estos momentos.

Porque á Bolívar tiene mucho que agradecerle todo país libre, por lo mismo que nadie como él supo nunca lo que realmente significan las palabras LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD.

Centro-América debe á Bolívar y á sus dignos capitanes el que en su suelo hermosísimo no se hubiera tenido que derramar, para su emancipación, la sangre de sus hijos.

¡Y más valiera que entonces hubiera corrido toda la que des-

pués ha derramado la Patria Centro-Americana, cuando sus hijos,—nuevos Nerones,—se han gozado en desgarrar las entrañas de su madre!

El espíritu de Bolívar, agradecido, está aquí con nosotros y se regocija de que una vez más se le rinda culto, porque rendírsele á él, es rendírsele á la diosa Libertad, á quien él elevó un trono, en cuyas gradas, por desgracia, ha caído mil veces la sangre inocente de los pueblos.

HE DICHO.



DISCURSO

DEL SEÑOR BR. DON VICTOR M. JEREZ

Y PRONUNCIADO POR EL

SEÑOR BACHILLER PASANTE DON JUAN GOMAR

EL 1° DE ENERO DE 1891

AL INAUGURARSE EL PARQUE DE BOLIVAR

EN ESTA CAPITAL, SAN SALVADOR, CENTRO-AMÉRICA.

Señores:

Acude en estos momentos á la consideración del patriotismo toda una série de trascendentales hechos, despiértanse en el alma de los libres todos los recuerdos de una gloriosa epopeya y toman vida y colorido, entre las armonías de nuestros bosques y bajo el azul de nuestro cielo, los perfiles augustos de los excelsos batalladores, que para honra de la América Republicana realizaron extraordinarios sacrificios, operaron transformaciones sin ejemplo en los campos de la política, consagraron las energías de su espíritu á la implantación de los principios regeneradores, llevaron al seno de las sociedades los elementos principales de la evolución general y por medio de la práctica de las virtudes y del respeto á los derechos, se hicieron muy dignos de los lauro de la inmortalidad, y dejaron merecimientos para que la inspiración los cante en estrofas vigorosas, llenen los ámbitos de la patria los ecos gloriosos de sus hechos legendarios, esparza la trompeta de la fama la santidad de sus heroicas acciones, personifique el bronce la talla colosal de los atletas y el numen de la victoria, en formidables deslumbramientos, guíe el cincel del artista para perpetuar en el mármol el ideal del propagandista, la palabra del apóstol, la obra del libertador.

Felices, señores, los pueblos que pagan con gratitud las hazañas de sus mártires y que colocan en el altar de sus afecciones el nombre de sus bienhechores. Cuigan las bendiciones de lo alto allí donde las buenas obras y el amor á la virtud, van conquistando las almas y estrechando los dulces lazos de los afectos; vuélvase todo venturas cuando al trabajo que demuele, sustituye el impulso que crea; cuando los esfuerzos no miran al egoísmo y se resuelven en pro de los ideales generosos, que preparan las correcciones sociales en beneficio de las conquistas por el progreso, que atienden al modo de ser de las capacidades y á las limitaciones y cambios de nuestra naturaleza, que, llevando ingé-

nito el principio del movimiento, atiende poco al presente ya obtenido y dominado, para mirar hácia lo que en el porvenir es esperanza de mejoramiento y signo de cultura; sea en honra de los contemporáneos el apareamiento de esa corriente que vá arrasando elementos disociadores, sometiendo á examen principios erróneos, destruyendo inveterados y odiosos privilegios, solo sostenibles por su antigüedad, sentando las bases para la unidad de acciones y de fines, y preparando para las revoluciones sociales, que son revoluciones de ideas, y que se operan al amparo del principio de libertad.

Los pueblos antiguos con sus costumbres reflejo de sus ideas, dejan grabados en piedra, en la corteza de seculares árboles y en los toscos instrumentos de labranza, sus cálculos imperfectos, crónicas de sus antecesores, historias de sus mitos y teogonías de sus cantos. Quien recorre entre las ruinas de sus monumentos, cree percibir el genio de aquellas extintas civilizaciones vagando silencioso sobre las obras de sus artífices, sobre las tumbas de sus héroes. El aire que va posándose en los escombros, lleva entre sus alas los recuerdos que ha logrado arrancar de aquellos símbolos misteriosos, y en las noches propicias á la meditación parece escucharse á lo lejos el estruendo de los salvajes combates, los ahullidos de gozo por la victoria y los ecos de los nombres de aquellos que fueron tenaces en la lucha y fuertes en la empresa. En otras ocasiones es la leyenda quien se encarga de referir cualidades poco comunes y excepcionales labores, para hacer que perdure la memoria de quienes poseyeron las unas y dieron cima á las otras; y finalmente no es extraño que la Mitología, se encargue de rodear de atributos divinos á quienes por su manera de proceder se les considera de un origen distinto del que tiene la generalidad. En todo esto se nota la manera que tienen de imponerse al ánimo, el valor famoso, la hidalguía sin igual, el proceder honrado; cómo se abre paso á través de las preocupaciones y á despecho de arraigada ignorancia lo que tiende al equilibrio, lo que viene á satisfacer una justa exigencia.

Muy consecuente es á este respecto el afán que se nota en las últimas épocas de propender á la glorificación de los que se han dedicado con incansable anhelo, ya en el campo de la idea luchando por el dominio de la verdad, ya conquistando, mediante el esfuerzo de su brazo y el concurso de su inteligencia, los derechos que son inalienables en el individuo, imprescriptibles para la sociedad y que no se pierden por la mayor ó menor duración de aborrecidas tiranías. Gloria, pues, á esa iniciativa y que las injusticias cometidas, corresponda á la generación actual, compensarlas con las manifestaciones del entusiasmo.

Satisfacción y mucha satisfacción, señores, causa en mi ser esta fiesta sencilla como todas las del patriotismo, en que un grupo de ciudadanos entusiastas celebra la disposición de dar á este paseo el nombre por mil títulos glorioso: el nombre de Bolívar, ese nombre que envuelve la memoria de cien combates, el sacrificio de una raza, el recuerdo de una lucha de gigantes, la tragedia social de una revolución redentora, el hundimiento absoluto de un poder extraño, nombre que hace ver con los ojos del espíritu, la abnegación é intrepidez de nues-

tros hermanos del Sur en los campos inmortales de Carabobo y Boyacá; nombre que trae á nuestros oídos los marciales sonos y las notas guerreras de Junín y Ayacucho; que obliga á prorrumpir en himnos de gratitud al considerar que nuestra independencia es debida á la mirada profunda, al valor incomparable, á la inteligencia altísima, á la elocuencia sublime de ese semi-dios de América á quien las generaciones proclaman como el genio portentoso de las edades.

No necesito recordar en estos momentos al insigne Capitán que crea ejércitos, forma legiones, levanta fortalezas, domina los acontecimientos y se impone al destino con el solo poder de su voluntad, al guerrero ilustre para quien cada combate era una victoria, al sabio legislador que abandona la antigua rutina para encarnar sus ideas de libertad en leyes benéficas y progresistas, al distinguido estadista que reveló tanto talento en el combate como experiencia en los negocios públicos, al orador de palabra de trueno, de imaginación ardiente como el trópico, de fantasía grandiosa como la naturaleza americana, que tenía el privilegio de comunicar á sus huestes el calor que llevaba en su cerebro, el ideal que acariciaba en su mente, la energía que formaba su carácter y la nobleza que residía en su corazón; no necesito recordaros al literato de vuelos de águila, á aquel escritor del Delirio sobre el Chimborazo, á aquel poeta de la Libertad, numen el único propio para inspirar al Genio. ¿Y para qué recordaros todas las facultades que en extremo grado eran esenciales al Padre de la Patria?

¿A qué recordaros uno á uno todos los episodios luminosos de esa magna obra llevada á cabo por el General Bolívar? Mientras exista alguien en el mundo de Colón, mientras la humanidad consagre su amor á lo grande, Bolívar encarnará todas las grandezas del planeta, todos los sentimientos de los buenos. Por eso ha dicho un distinguido orador: "que si Dios airado dejase de amar al Nuevo Mundo y en espantoso cataclismo lo sepultase en las olas por el terrible ministerio de los volcanes, y quedase saliente sobre las aguas alguna arista calcinada de la vasta cordillera; allí se alzaría eterna la figura imponente del Libertador tremolando al viento el Iris de Colombia y teniendo á los pies los estandartes de Pizarro"

Es imposible que esos seres que llegan á ser los árbitros de una revolución, los enviados de la Providencia para dar un nuevo camino á las ideas, los elegidos para llevar á feliz término la redención de una parte del género humano, queden sumidos en la indiferencia, lanzados al olvido, para que eso llegara á suceder sería necesaria la pérdida completa de ese algo insustancial que tiene sojuzgada la materia y que es el motor de todas las acciones humanas. América jamás olvidará á Bolívar, la obra realizada por él es á manera del complemento de otra principiada por un genio andaz, que, con la perseverancia que ofrecen los ideales sublimes, vagaba por las cortes del antiguo continente en demanda de los medios para realizar sus esperanzas más queridas. La firmeza de carácter de Colón, y su fé inquebrantable, se vieron reproducidas y aumentadas con las cualidades que eran necesarias en la personalidad deslumbradora de Bolívar.

El marino genovés se lanza en busca de lo desconocido, olvida afecciones y ternuras, lucha con los elementos materiales, con la ignorancia que es otro elemento terrible, y ve coronados sus esfuerzos, realizados sus sueños más hermosos cuando rientes y tranquilas, coronadas de eterna verdura y brindando la prosperidad, aparecen á su vista las ansiadas costas y halaga sus oídos el concierto que entonan los genios invisibles de los bosques.

Hay cierta unidad en esos dos seres á quienes el mundo rinde el tributo de su gratitud; pero necesario es reconocer que hay perfiles en el caraqueño que no se encuentran en muchos de los privilegiados que la Historia rodea de merecidos honores. Si Colón completó el planeta y dió vida á América, Bolívar combatió por la naturaleza humana y dió la libertad, que es la vida del espíritu; si el uno combatió con los elementos airados, con multiplicadas privaciones, el otro triunfó del enemigo exterior, de las pasiones en el interior y sometió á su imperio cuanto se opuso á sus planes. Por eso decía en cierta ocasión con la altivez de su misión providencial: "Si la naturaleza se opone, lucharemos con ella y haremos que nos obedezca."

Los destinos de América están sintetizados en esos angustos personajes: por Colón nació al progreso, por Bolívar nació á la libertad.

Los rasgos similares de estos genios se asemejan hasta en la ingratitude con que se les pagó. Colón desposeído y triste nos recuerda al solitario de Santa Marta. Mas . . . córrase un velo, si el olvido de los beneficios ha sido práctica constante en épocas anteriores, si la ingratitude ha sido el premio de las buenas acciones, rómpase con ese inicuo proceder y que el desprecio á que han estado condenados los obreros de las buenas causas se convierta en laureles, en estatuas, en coronas, en himnos; que en los campos del sentimiento alboree la aurora del infinito amor y se difunda esplendorosa la luz inextinguible de la verdad.

Aquellos que someten las acciones humanas á un criterio estrecho, que juzgan bajo la influencia de bastardas pasiones lo que se aparta ó se opone á sus particulares intereses, dirán de esta solemnidad que es inmotivada, que obedece únicamente á las exageraciones del amor. ¡Ilusos! no pueden contemplar la luz, no alcanzan á admirar la grandeza de los genios y en su torpeza creen imposible que haya quien salga ileso de la lucha de las pasiones, que haya quien se sobreponga á las dificultades que casi siempre sobrevienen á los predestinados.

América, llena de agradecimiento, corresponde, con amor, y como dice un ilustre salvadoreño, "tendrá como Historia suya una inconmensurable trilogía de poemas, que empieza con la odisea de Colón, que se escalona en la iliada de Simón Bolívar y que se perderá en el porvenir en las reverberaciones de un Apocalipsis."

El motivo que hoy nos tiene aquí reunidos parece á primera vista de escasa importancia, más es de observar con notable agrado que tiene inestimable valor; porque quiere este noble pueblo que el nombre de Bolívar vaya unido á todo lo que tiene de más simpático, á todo aquello que es objeto de sus complacencias; quiere que aquí

donde viene á menudo se designe con el nombre de El Libertador, para que su recuerdo viva inmortal en todos los corazones, para que el solo nombre del Hijo más ilustre de este Continente mantenga siempre el espíritu de independencia. Este pueblo heróico por naturaleza, ama á los que han hecho del heroísmo la santa religión de sus acciones; y no contento con tener presentes en el alma los hechos magníficos de aquei gran Guerrero, quiere que su nombre se inscriba en en la calle que recorre, en el paseo á donde llega en busca del contento y si posible fuera, querría verlo escrito con estrellas en los lípidos horizontes por donde espacia su vista.

Llenémonos de gozo porque siquiera en parte trata de glorificarse á los mártires de las ideas, inspirémonos en las enseñanzas que dejaron, templemos nuestras organizaciones en la escuela donde ellos aprendieron á dominar los acontecimientos y sepamos, por último, satisfacer en un todo la deuda que tenemos. Ésta fiesta es el principio de pago, aunemos los esfuerzos y conservemos la esperanza de que en no lejano tiempo, en éste mismo paseo y tal vez en este mismo lugar, se encontrará la estatua de Bolívar y que levantada por el patriotismo, tendrá por pedestal la gratitud de un pueblo; que sea aquí, señores, desde donde el Libertador dirija sus miradas al itsmo centro-americano y que su sola presencia, la gloria de sus hechos y la sublimidad de su alma, hagan que se arraigue en nuestro suelo el imperio de la justicia y que grandes por el derecho, altivos por la democracia y firmes por la virtud, caigamos con gloria al pié de nuestra bandera ó entonemos delirantes el salmo magnífico de la libertad.

DISCURSO
PRONUNCIADO POR EL JOVEN DON FELIPE BARRIENTOS

EL DIA 12 DE ENERO DE 1891

EN EL "PARQUE DE BOLIVAR"

Y CON MOTIVO DE SU INAUGURACIÓN

SAN SALVADOR, CENTRO-AMÉRICA.

—◆◆◆—

Houroso en demasía, es para mí, SEÑORES, que un pueblo tan lleno de entusiasmo, de virilidad y de un juicio inimitable, me coloque en la tribuna popular, á mí, que sin dotes de ninguna especie, no debiera ofrecer mi débil voz y dirigir la palabra en medio de tantos hombres competentes y de una juventud ávida de libertad, de progreso y de esperanza.

Pero Señores, el cumplimiento de cortesía á todo obliga; vuestra galantería es capaz de hacerme hablar, aunque sean desatinos, confiado en la benevolencia vuestra para hacer aplauso á las ideas, si es que puedo espresarlas, nada nuevas por cierto, pero siempre brillantes, siempre refulgentes que abrasan porque deben abrasar el corazón y el cerebro ardiente de todas las multitudes que sustentan el planeta por todas partes, buscando el fin á que se dirigen las acciones y deseos de toda la humanidad.

Ante todo, quiero haceros una salvedad. No esperéis que yo venga á hablaros de la política Centro-Americana con motivo de esta fiesta, ni á comparar el asunto que celebramos aquí, con los grandes hechos que llenan de oro y de luz divina las páginas de la Historia antigua y contemporanea de otros pueblos grandes y pequeños, cuyo resorte impele de hora en hora el adelanto social; no señores, nuestra historia, aunque pequeña historia, es incomparable y no podría yo, ni bosquejarla siquiera. ¿Qué diría? ¿Qué podría decir? nada: ella está palpitando en el pecho de una juventud que se levanta, llamada á regenerarla cultivando las ideas, si así puedo expresarme, como á una planta crecida ya, pero cuya flor en capullo todavía, no dá á conocer mas que el aroma y el color, sin poder clasificar su fruto ni saber su utilidad. Si señores, velemos mejor, con velo intangible nuestra historia Centro-Americana: talvez mañana cuando los dignatarios del poder hayan avanzado en la tarea que han emprendido con valor y buena voluntad; cuando hayan, decimos, despejado el horizonte é iluminada la senda de nuestro porvenir con su nimbo de gloria inmortal, entonces lanzaremos al viento nuestras ideas como inlividuos del pueblo á que pertenecemos y diremos quienes son los hombres del presente. Mientras tanto... ¡Silencio!... es muy fácil criticar, juzgar, conjeturar. ¡Ah! pero es difícil crear, hacer, reformar.

Mi propósito al ocupar este lugar que cuadraría mejor, á un joven liberal y de talento, y no á mí que sin la forma ni la elegancia de esos muchachos bien quistos, profetas de la patria y su porvenir, de mente audaz, de corazón bien puesto y de espíritu que recojen los cielo; mi propósito digo, es buscar la razón de ser y el fundamento, dignos del aplauso general, del Acuerdo Supremo que manda ser llamado en adelante nuestro hermoso "Parque Central", "Parque de Bolívar."

SEÑORES:

El Gobierno de la República, representante genuino del sentimiento popular, alzándose sobre pequeñeces lugareñas ha bautizado perfectamente este precioso jardín con el simpático nombre de "Parque de Bolívar." Para los que hemos adquirido nociones siquiera, de la Historia Universal, sentimos encendido en santa ira nuestro corazón por aquellos tenebrosos pigmeos que parecen oponerse á la luz directa del Sol. Hay quienes piensan, lo digo con verdadero sentimiento mio; que Bolívar fué un *héroe gentil* y su historia una ficción alegórica ó una leyenda. Otros suponen á Bolívar como comparable á nuestros grandes hombres y deploran muy serios y resignados que no se llame "de Bolívar" este Parque: "que debiera ser de Arce, dicen, de Malespín, de Delgado, de Dueñas, de Barrios, de Cabañas, de San Martín, de Campo, &, &." Los mas obcecados dicen muy orondos que siempre le llamarán "Parque Central," que "qué vienen nos vienen con esa gracia;" de este número son las mujeres, pero las mujeres que como yo, no conocen de la misa la media. Para ellas "Solo Dios es Grande" según la sublime palabra de Masillón ante el féretro de Luis el Grande á principios del pasado siglo.

Afortunadamente para los más, la cosa no es así; el Libertador (como es llamado Bolívar en toda la América del Sur) merece la apoteosis de todo el Universo; sus grandes virtudes lo colocan en una altura inmensurable y todos los hombres de todos los países inclusive la noble, la grande España contra quien luchara aquel héroe en desigual combate, le rinden tributo público de admiración al GENIO. El genio señores, no tiene horizontes. Entre los grandes nombres en la historia de los hombres, figura en primera línea el Libertador Simón Bolívar; ni Alejandro ni César de la antigüedad, aun en relación con la época en que existieron; ni Carlo Magno en la Edad Media, ni Colón, Washington y Bonaparte en el último período de la Historia, en nada fueron superiores al Gran Bolívar. Este Gran Capitán en medio de esos seis ilustres nombres pasará eternamente como uno de los Colosos de toda la Historia desde la cuna de la humanidad.

No sería desacertado afirmar aquí, con un ilustre escritor español "que Simón Bolívar es la figura más simpática de todos los hombres que han posado su planta sobre la tierra después de Jesucristo."

¿Por qué no consagrar en la América del Centro un monumento al genio de la América del Sur? Y al que nos diga que aquí hay ILUSTRES MAXES dignos de ser consagrados, le responderemos que sí, pero que

nuestros Próceres son objeto, hoy mismo, hoy mismo, Señores, de la lucha y del odio de los partidos que se disputan el predominio en la política militante. Pero Bolívar figura exelsa cerniéndose en los aires á inmensa altura como el condor de los Andes está muy por encima de las pasiones de los hombres. Su figura pulquérrima como la imagen de Dios, nítida como la conciencia de Jesús y pura, como el resplandor del cielo está ya juzgada por la posteridad. En Colombia y en su Patria, en el Ecuador, en el Perú y Bolivia, cinco Repúblicas que libertó con su brazo de acero y su corazón de titán, y todas las Repúblicas americanas, no pueden ni podrán jamás lanzar la más ligera sombra que empañar pudiera las glorias resplandecientes del Libertador de un mundo. Esa vieja Europa tan sabia como reservada para calificar sin serio examen nuestras glorias americanas, ha colocado ya en primer término al eminente Estadista, al gran militar y al erudito literato que han producido los siglos. Él está ya salvado de la calumnia, y sus méritos indisputables no tienen razón de ser en la discusión de los partidos. Pero aquí ¡ah! ¿quién sabe? Si esa estatua que veis allí del gran Morazán no la vemos rodar en pedazos bajo la ira del partido opositor que delira triunfante con la tradición; ya una vez, la soldadesca desenfrenada y enfurecida de las hordas de un Carrera ha profanado su tumba, pretendiendo esparcir al viento sus venerandas cenizas.

A los que piensan que C. A. no tiene motivo de gratitud hácia Bolívar, venid á mí yo os mostraré una página solamente de su historia, "Sucre vencedor en Ayacucho y vencido Rodil pedía este, como uno de los términos de su capitulación en el Callao con los últimos restos del ejército Español marchar en dirección á C. A., el Libertador no consintió rechazando indignado la proposición como un insulto y una profanación al suelo Centro-Americano, evitando así á esta Patria más débil entonces ser presa de infinitas calamidades.

Acojida será por todo esto, la disposición Suprema que llama "Parque de Bolívar" á esta preciosa estancia donde las elegantes y bellas damas, las respetables Señoras, las simpáticas y preciosas niñas vienen á embalsamar como el ambiente de las flores este lugar consagrado al recreo, dando vida y aliento al pertinaz admirador de las obras de Dios; nos parecen estas, ser de aquellas mismas que con sus propias manos coronaron en Lima al Libertador después del triunfo de Ayacucho, corona que ofrendó el General al gran Mariscal Sucre por haber sido él quien libró la última sangrienta batalla en la América del Sur en 1825.

Aceptemos pues, y aplaudamos la mente del Acuerdo del Gobierno del 23 de los corrientes que estamos celebrando á contribución espontánea de Nacionales y Extranjeros. Dignos de alabanza sea los jóvenes patriotas iniciadores de esta idea. No seamos pequeños hasta allí, á decir verdad, señores, y sin mancillar ni siquiera poner en duda la dignidad y los altísimos méritos del ilustre Morazán; más hubiera valido, pienso yo, haber llamado al Parque de su nombre, "Parque de Washintón" por las razones ya expuestas.

HE DICHO.



DOS PALABRAS.

Como un recuerdo de las fiestas con que la Capital de la República ha honrado la memoria del LIBERTADOR, dándole su nombre al que se llamaba Parque Central, hemos dispuesto la publicación de los brillantes discursos pronunciados en aquella solemnidad, para que dentro y fuera del país se aprecie una vez más la cultura del heróico pueblo Salvadoreño, que con tan buena voluntad ha contribuido á celebrar el nombre del HEROE INMORTAL, orgullo de nuestra raza y gloria de la humanidad.

La Comisión.

